

Berta á pesar suyo aguijoneada de celos, espirando en sus labios las palabras en el momento de ir á suplicar á Mary que la perdonara su arrebató.

En esto llegaron á sus oídos los vítores con que acogían los vendeanos la arenga de Petit-Pierre, asomóse á la ventana, vió desaparecer entre los árboles la columna, y, al pensar que con ella se iba Michel, sentóse triste, pensativa y desasosegada á la cabecera de Mary.

XVII

DE CÓMO SE FUGAN JUNTOS EL PRESO Y EL CARCELERO

Al rayar el alba del día 4 de junio oíase tocar á rebato en los distritos de Clisson, Montaigu y Machecul: el toque de rebato es la generala de los vendeanos, y en tiempo de la primera guerra, cuando retumbaba en el campo su áspero y siniestro clamor, corría el pueblo en persecución del enemigo.

Grandes cosas debió de hacer este pueblo para que los demás se olvidaran de que su enemigo era Francia; felizmente empero, y esto prueba lo mucho que habíamos progresado en cuarenta años, en 1832 aquel toque parecía haber perdido su mágico poder, y si bien algún aldeano acudía á su impío llamamiento dejando el arado para tomar el fusil escondido en el vecino seto, en cambio los más proseguían tranquilamente el comenzado surco, escuchando la señal del alzamiento con el aire grave y meditabundo que tanto cuadra á la rústica fisonomía del labriego vendeano.

Sin embargo, á las diez de la mañana una numerosa partida, fuertemente atrincherada en la aldea de Maisdon, sostuvo el ataque de la tropa hasta que hubo de ceder á la fuerza numérica de sus adversarios, retirándose con mucho

orden, cosa extraña en los vendeanos aun después de una insignificante derrota. Esto consistía en que ya no peleaban por un gran principio, sinó por pura abnegación, y en que aquellos hombres de generoso ánimo que se creían encadenados por la tradición á sus padres, sacrificaban honra, hacienda y vida, fieles al antiguo adagio: Nobleza obliga. Si, pues, la retirada se efectuó con tan buen orden, es porque los que la verificaron no eran ya simples aldeanos indisciplinados, sinó esforzados y nobles campeones que lidiaban muy enorgullecidos de sus padres y algo de sí mismos.

En Chateau-Thébaud fueron atacados por otro destacamento que el general había enviado en persecución suya, y perdieron algunos hombres al pasar el Maine; pero á la opuesta margen lograron incorporarse con los nanteses que, habiendo salido del molino llenos de entusiasmo, se habían reunido con las divisiones de Legé y del marqués de Souday: refuerzo que elevaba á unos ochocientos hombres las fuerzas de la columna, acaudillada por Gaspar.

A la siguiente mañana dirigióse á Vieilleville con objeto de desarmar á la guardia nacional, y habiendo sabido antes de llegar que guarnecían el punto fuerzas superiores á las suyas, y que en poco tiempo podían ser auxiliadas por las que el general tenía de reserva en Aigrefeuille, resolvió atacar la aldea del Chene con ánimo de ocuparla y sostenerse en ella. Desparramáronse pues los aldeanos en los campos que la circuyen, y ocultos en las crecidas mieses molestaban á los azules con un vivo fuego graneado, siguiendo la táctica de sus padres, en tanto que los nanteses y los nobles formados en columna se disponían á tomar el pueblo atacándolo por la calle principal que lo atraviesa. Separábales de la aldea un arroyo cuyo puente habían destruído la víspera, no dejando más que algunos maderos.

Atrincherada la tropa en las últimas casas del pueblo, desde las ventanas parapetadas con colchones rompieron sobre los blancos tan nutrido fuego que hubieron de retroceder dos veces; mas animados por el ejemplo de sus caudillos, echáronse al agua, y atacando á la bayoneta á los azules, hiciéronles retroceder de casa en casa hasta el extremo de la población, do toparon con un batallón del 44 de línea que el general acababa de enviar al auxilio de la reducida guarnición del Chene.

El estruendo del combate llegaba al molino donde aun se

encontraba Petit-Pierre paseándose demudado por su aposento, encendidos los ojos y agitado el corazón: de cuando en cuando se detenía en el dintel para escuchar el sordo estampido que cual lejano trueno en alas de la brisa llegaba, y entonces pasábase la mano por la sudorosa frente, daba grandes muestras de impaciencia, y sentábase con airado ademán delante del marqués de Souday, quien no menos inquieto é impaciente se deshacía en hondos y dolorosos suspiros.

Bueno será explicar los motivos de hallarse el marqués de Souday en esa situación espectante, á pesar de sus vivísimos deseos de emprender hazañas como las de la gran guerra.

El mismo día en que tuvo lugar el encuentro de Maisdon, fiel Petit-Pierre á la promesa que á sus amigos había hecho, disponíase á la lucha; pero arredrados los jefes realistas al considerar la gravísima responsabilidad que sobre ellos pesaría, no permitieron que Petit-Pierre arriesgara la vida en un choque insignificante, ni saliera al campo con sus defensores hasta que estuviese reunido un verdadero ejército; y viendo desatendidas sus respetuosas insinuaciones, acordaron que uno de ellos le tuviera, por decirlo así, prisionero para impedirle la salida, aunque fuese preciso emplear la violencia.

Por más que el marqués intrigó en favor de sus colegas, con gran pesar suyo fué elegido por unanimidad, y tuvo que quedarse en el molino junto al fuego del hogar, en vez de encontrarse entre el de los combatientes.

Al llegar á la casa los primeros rumores de la pelea, hizo Petit-Pierre reiterados é infructuosos esfuerzos para que el marqués le dejara salir, y al ver que él tampoco podía ocultar el despecho que le dominaba, díjole:

—Señor de Souday, á lo que parece no os agrada mucho mi compañía.—¡Cómo! exclamó el marqués, fingiendo inútilmente una gran indignación.—Lo dicho: poco os satisface según veo la honorífica misión que os han confiado.—Muy al contrario, os aseguro que me enorgullece altamente; pero....—Ya véis que hay un *pero*.—¿Acaso no le hay en todas las cosas de este mundo?—¿En qué consiste el vuestro?—En que siento mucho no poder á un tiempo mostrarme digno de la confianza que en mí tienen mis camaradas, y derramar mi sangre por vos, como lo están haciendo.

Exhaló Petit-Pierre un suspiro, respondiendo:

—Con tanta mayor razón cuanto que de seguro sentirán vuestra ausencia, pues por lo bravo y experto les habríais sido de gran provecho.—No digo lo contrario, respondió hinchado el marqués.—¿Queréis que os diga francamente lo que pienso?—Sí.—Creo que recelan un tanto de nosotros.—Es imposible.—Dejadme acabar. ¿Sabréis qué habrán dicho? De fijo no me equivocó: Una mujer es un estorbo para la marcha, y sobre sernos sumamente embarazosa en una retirada, tendríamos que protegerla con fuerzas que pudiéramos emplear más útilmente. No se les alcanza que pueda yo dominar la flaqueza de mi cuerpo, ni que mi valor corresponda á la tarea que me he impuesto, y lo que de mí han creído, muy bien pueden haberlo creído de vos.—¡De mí! tendría que ver... exclamó enojado el marqués al oír tal suposición. ¿Acaso no he probado quién soy?—Nadie lo ignora; mas tal vez han juzgado que por vuestra edad, lo mismo que yo por mi sexo, no tendríais tan vigoroso el cuerpo como esforzado el ánimo.—¡Voto á bríos! exclamó el marqués perdiendo los estribos; hasta há pocos días he andado durante quince años seis ú ocho horas diarias á caballo, y algunas veces diez ó doce; y á pesar de mis canas todavía no conozeo el cansancio, y soy capaz de... Mirad.

Y asiendo el escabel en que estaba sentado, dió con él tan recio golpe á la campana de la chimenea, que lo hizo astillas dejando en ella una honda señal; y levantando en seguida el pedazo que en la mano tenía, exclamó con irónico acento:

—¿Creéis que haya muchos de esos petimetres capaces de hacer otro tanto?—Nó por cierto, marqués amigo, y no sé por qué os han tratado como á un inválido.—¡Yo inválido! exclamó el marqués exasperado y olvidando en presencia de quien estaba; esta misma noche voy á manifestarles que renunció el honor de guardar un puesto más digno de un carcelero que de un noble como yo.—Y haréis muy bien.—Há ya dos horas que me lo estoy diciendo, prosiguió el señor de Souday paseando agitado.—¿De veras?—Y mañana mismo verán de lo que es capaz un inválido.—¡Ah! ¿quién sabe lo que mañana será de nosotros?—¿Qué queréis decir?—Que el movimiento no crece como esperábamos, y tal vez los tiros que estamos oyendo son los últimos que saludan nuestra bandera.—¡Voto á los ajenos de Dios! exclamó el marqués bufando de ira.

En esto sonó en el verjel un grito que les distrajo de su plática, y corriendo á la puerta vieron que Berta, á quien había enviado el marqués á explorar los alrededores, volvía con un joven aldeano herido en el hombro de un balazo y que apenas podía sostenerse.

Mary y Rosina habían acudido al oír el grito de Berta: corrió á él Petit-Pierre, hizole sentar, y el herido se desmayó en seguida.

—Retiráos, señora, dijo el marqués; yo y mis hijas curaremos á ese infeliz.—¿Por qué queréis que me retire? preguntó Petit-Pierre.—Porque no todos pueden ver semejantes heridas sin que les flaqueé el ánimo.—Así suponéis que nuestros amigos tenían razón al formar de mí tan desventajoso concepto.—¿Cómo?—Naturalmente, pues también dudáis de mi valor.

Y viendo que Berta y Mary se disponían á curar al herido, díjoles:

—No le toquéis, que yo le vendaré la herida, yo solo, ¿oís?

Asió Petit-Pierre las tijeras para cortar en toda su longitud la manga de la chupa del vendeano, pegada ya al brazo por la sangre cuajada, descubrió la herida, lavóla, y, aplicando las hilas, la vendó; y al ver el marqués que el mozo abría los ojos, no pudo resistir al deseo de preguntarle:

—¿Qué noticias traéis?—Al principio vencían los nuestros; pero acaban de ser rechazados.

Durante la operación no había Petit-Pierre perdido el color, y al oír esas palabras se puso tan blanco como la venda con que cubría la herida.

—Marqués, dijo asiéndole del brazo, vos que visteis á los azules en la gran guerra, decidme: ¿qué se hace cuando la patria está en peligro?—Todos corren á las armas.—¿Hasta las mujeres?—Hasta las mujeres, hasta los ancianos, hasta los niños.—Marqués, hoy acaso caerá para siempre la bandera blanca: ¿condenareisme á hacer estériles votos por su triunfo?—¿Y si os hiriere una bala?—¿Por ventura quedaría comprometida la causa de mi hijo por ponerse mi vestido ensangrentado en la punta de una pica á la cabeza de nuestras huestes?—Nó, dijo el marqués electrizado; maldijera mi suelo natal si á semejante espectáculo no se alzarán hasta las piedras.—¿Qué aguardáis, pues? Venid al combate.—Sin embargo, replicó el marqués menos resuelto y cual

si la idea de que le habían considerado como á un inválido hubiese quebrantado la firmeza con que cumplía su consigna; sin embargo, he prometido no dejaros salir del molino.—Yo os relevo de la promesa, y como sé á dónde llega vuestro denuedo, os mando que me sigáis. Venid, marqués: si llegamos á tiempo decidiremos la victoria en favor de nuestra bandera, y si ya es tarde, á lo menos moriremos con nuestros amigos.

Dijo, y atravesando presuroso el patio, salió del verjel seguido de Berta y de su padre, quien para cubrir el expediente no cesaba de suplicarle que desistiera de su propósito, aunque en el fondo de su corazón se alegraba sobremanera del sesgo que tomaban las cosas.

Mary y Rosina se quedaron para asistir á los heridos.

XVIII

EL CAMPO DE BATALLA

Estaba el molino situado á una legua escasa de la aldea del Chene, y Petit-Pierre anduvo la mitad del camino á todo correr, costándole al marqués gran trabajo detenerle cuando se acercaban al lugar de la pelea, para encomendarle que tuviera la prudencia de no entregarse á un arrojito temerario. Servíales de guía el fuego de las guerrillas, y á campo travieso llegaron Petit-Pierre y sus compañeros á la retaguardia de la hueste vendeana, que había perdido todo el terreno ganado por la mañana.

Al ver á Petit-Pierre que suelta la cabellera subía jadeante la colina donde estaba el grueso de los vendeanos, prorrumpieron estos en entusiastas gritos; y Gaspar, que rodeado de sus oficiales hacía fuego como un soldado raso,

dijo irritado al marqués que por la rapidez de la carrera venía sin sombrero y con los cabellos al aire:

—¿Así cumple el señor marqués de Souday su palabra? —Caballero, respondió con aspereza el marqués, á un pobre inválido como yo no se le han de pedir cosas imposibles.

Comprendiendo Petit-Pierre que su partido no era bastante fuerte para permitir que entre los jefes reinara la discordia, intervino diciendo á Gaspar:

—Amigo mío, Souday debe obedecerme como vos, y aunque raras veces reclamo este derecho, hoy reivindico mi título de generalísimo y os pregunto: ¿cómo están nuestros asuntos, teniente?—Triste es decirlo, respondió Gaspar: los azules son muchos, y á cada momento vienen mis exploradores á participarme que les llegan nuevos refuerzos.— ¡Mejor! exclamó Petit-Pierre; cuantos más sean, tantos más habrá para decir á Francia cómo hemos muerto.—Desechad tal idea, señora.....—Aquí no soy señora, sino soldado; con que no os cuidéis de mí, y mandad que avancen las guerrillas y redoble el fuego.—Está bien; pero ante todo latrás! —¿A quién lo decís?—¡Atrás vos, en nombre del cielo!— ¡Adelante! querréis decir.

Y arrancándole la espada de las manos, puso el sombrero en la punta, y avanzó hacia la aldea gritando:

—¡Sígame quien me ame!

En vano quiso Gaspar detenerla, pues Petit-Pierre se escapó ágilmente continuando su carrera hacia las casas, desde donde hacía la tropa un nutridísimo fuego, sobre todo al notar el movimiento de los vendeanos.

Viendo estos el peligro que corría Petit-Pierre arrojáronse en masa para escudarle con sus cuerpos, é hicieronlo con tal ímpetu que en un abrir y cerrar de ojos penetraron en la aldea, donde se trabó una encarnizada refriega: sin otra idea que la de salvar á Petit-Pierre, alcanzóle Gaspar y consiguió rodearle con los suyos; y en tanto que para proteger la preciosa vida cuya custodia creía haberle encomendado el Altísimo, desatendía su propia seguridad, apuntábase un soldado desde una esquina inmediata: contados estaban los días del jefe de los chuanes, si el marqués no hubiese advertido el peligro que amagaba á su compañero, y si corriéndose á lo largo de la pared no hubiese levantado el arma en el acto de disparar; la bala dió en una chimenea, y furioso el soldado asestó al señor de Souday un bayone-

tazo, que este esquivó hurtando el cuerpo con presteza. Iba el marqués á responder con un pistoletazo, cuando una bala fué á romperle el arma en la mano.

—¡Mejor! dijo desnudando el sable y dando tan recia cuchillada al soldado que este cayó á sus piés; prefiero el arma blanca. ¡General Gaspar! gritó en seguida blandiendo el acero, ¿qué decís del inválido?

Berta había seguido á Petit-Pierre, á su padre y á los vendeanos, y sin curarse apenas de los soldados, buscaba á Michel en el arremolinado tropel de hombres y caballos que junto á ella hervía.

Sorprendidos los soldados por la impetuosidad del ataque habían ido perdiendo terreno, la guardia nacional de Vicillevique que estaba batiéndose había tocado retirada, y el suelo estaba sembrado de cadáveres: de donde resultó que como los azules no contestaban ya al fuego de los chuanes situados en guerrillas en las huertas y viñedos inmediatos al pueblo, maese Jaime los reunió, y conduciéndolos por una callejuela contigua á las huertas, acometió á los soldados, que sostuvieron con denuedo este nuevo ataque. Notóse luego un movimiento de vacilación en los vendeanos, y los azules lo aprovecharon para tomar á la bayoneta la callejuela por donde habían venido las fuerzas de maese Jaime, resultando que este, Poca-Alegria, Polilla y algún otro se vieron separados del grueso de la partida. Reunió Jaime los pocos chuanes que con él estaban, y arrojándose á la pared de una casa á medio edificar, preparóse á la defensa resuelto á vender cara su vida. Poca-Alegria con una escopeta de dos cañones no cesaba de disparar á los soldados, matando uno á cada tiro; y Polilla blandía con maravillosa destreza una hoz que le servía de lanza y sable.

Acababa el mendigo de derribar de un revés á un gendarme, cuando los soldados prorrumpieron en gritos de triunfo, y los blancos vieron una mujer vestida de amazóna que los azules llevaban presa con grandes muestras de regocijo. Era Berta, que, buscando de continuo á Michel, se había adelantado incautamente hasta que cayó en poder de los enemigos; y engañados estos por su vestido, creían haber cogido á la duquesa de Berry: error en que también incurrió Jaime.

Ansioso entonces de reparar la falta que pocos días antes había cometido en la selva de Touvain, hizo Jaime una

á los suyos, y precedidos de Polilla que abría paso con su arma terrible, llegaron hasta la prisionera y la rescataron. Los soldados arremetieron con denuedo á Jaime, quien había vuelto á ocupar su posición junto á la casa, y el pequeño grupo se convirtió en centro al cual convergían la punta de veinticinco bayonetas y los radios de fuego que á cada instante partían de la circunferencia del círculo.

Habían caído ya muertos dos vendeanos, y herido Jaime de un balazo en la muñeca sólo se defendía con el sable en la mano izquierda. Como Poca-Alegría había agotado las municiones, la hoz de Polilla era casi la única defensa con que contaban los cuatro vendeanos, defensa hasta entonces eficaz, pues había hecho tantas víctimas que los soldados no osaban acercarse al temible mendigo; sin embargo, queriendo este esgrimir la hoz contra un jinete, hízolo con tan poca suerte, que el arma dió en una piedra y voló en pedazos: cayó el coloso de rodillas por la violencia del golpe, y rompiéndose la correa que á Poca-Alegría sujetaba, dió éste consigo en el suelo, lo cual excitó la alegría de los enemigos, que la manifestaron con estrepitoso vocerío. Iba nacional á asestar un bayonetazo al lisiado, cuando Berta le disparó tan á tiempo la pistola, que aquel hombre cayó exánime sobre Poca-Alegría.

Levantóse Polilla con presteza, derribó á un soldado con el mango de la hoz, hundióle á otro las costillas, apartó de un puntapié el cadáver del nacional, y tomando en brazos á su amigo, reunióse con Berta y Jaime bajo el andamio de la casa.

Mientras Poca-Alegría estuvo tendido en el suelo miró en torno con la ansiedad del que está en peligro de muerte y busca un medio de salvación, y vió unos montones de piedras que los albañiles tenían preparadas sobre el andamio.

—Arrimáos á la puerta, dijo á Berta cuando merced á Polilla se halló á su lado; quizás voy á pagaros el servicio que acabáis de prestarme; y tú, Polilla, deja que se acerquen.

A pesar de sus cortos alcances comprendió el mendigo la idea de su compañero, pues soltó una sonora carcajada. Viendo la tropa desarmados á aquellos tres hombres, y queriendo á toda costa apoderarse de la amazona á quien todavía tomaban por *Madama*, acercábanse diciéndoles que se entregarán; pero llegados debajo del andamio, Polilla que

había dejado á su compañero junto á Berta, arrojóse á un madero en que aquel estribaba, y asiéndolo con ambas manos, lo arrancó del suelo: al instante bambolearon las tablas, y las piedras que las cargaban cayeron cual espeso granizo derribando á diez soldados. En esto llegaron los nanteses capitaneados por Gaspar y el marqués de Souday, y haciendo un animosísimo esfuerzo rechazaron á los azules, que fueron á formarse en batalla en el campo, donde su superioridad numérica y de armamento debía darles la victoria.

Decididos estaban los vendeanos á atacarles en todas sus posiciones, cuando maese Jaime, rodeado ya de los suyos, dijo algunas palabras al oído de Gaspar, y éste á pesar de los ruegos y órdenes de Petit-Pierre mandó retroceder y tomar de nuevo la posición que una hora antes ocupaba al otro lado de la aldea. Mesábase Petit-Pierre los cabellos de ira, y pedía con insistencia explicaciones á Gaspar, quien no se las dió hasta que mandó hacer alto.

—Estamos rodeados de cinco ó seis mil hombres, dijo, y nosotros apenas somos seiscientos; limpio queda el honor de la bandera, y es cuanto hacer podemos.—¿Estáis seguro de ello? preguntó Petit-Pierre.—Mirad, dijo Gaspar conduciendo al aldeanillo á lo alto de una loma.

Desde allí vió Petit-Pierre unas masas oscuras entre las cuales relucían las bayonetas á la luz del sol que á su ocaso descendía, y oyó el eco de las trompetas y tambores que de todos los puntos de la redonda llegaban.

—Ya lo véis, prosiguió Gaspar: antes de una hora estaremos cercados y sólo nos quedará el recurso de morir matando, si estos valientes son tan poco aficionados como yo á los calabozos de Luís Felipe.

Durante algunos momentos permaneció Petit-Pierre en triste y silenciosa actitud, y convencido luego de la verdad de lo que el caudillo vendeano le había dicho, viendo defraudadas en un punto sus esperanzas todas, sintió que se le caían las alas del corazón: volvió á ser lo que realmente era, una mujer; y el que con heroica intrepidez acababa de arrostrar el hierro y el fuego, sentóse en una piedra y echó á llorar, sin que ni siquiera tratase de ocultar las lágrimas que le bañaban el rostro.

XIX

DESPUÉS DEL COMBATE

Acercóse Gaspar á sus compañeros, agradeciéndoles su abnegación y bizarría, y citándolos para mejores tiempos, aconsejóles que se dispersaran para escapar más fácilmente; en seguida volvió á Petit-Pierre, quien se hallaba en el mismo sitio en compañía del marqués de Souday, Berta y algunos vendeanos que no querían dejarle hasta que le vieran en salvo.

—¿Han marchado ya? preguntó Petit-Pierre á Gaspar. — Sí: ¿qué más podían hacer?— ¡Pobre gente! prosiguió aquel; ¡cuántas desdichas la esperan! ¿Por qué me ha negado Dios el consuelo de abrazarles á todos? Pero hubiérame faltado el valor, y han hecho bien en dejarme así: la vida no es para dos agonías, y en las jornadas de Cherburgo perdí la esperanza de volver á verles.—Lo que ahora importa es ponerlos en seguridad.—No penséis en mí, replicó Petit-Pierre; sólo siento que no me haya alcanzado alguna bala, pues aunque mi muerte no os hubiera valido la victoria, á lo menos la lucha habría sido gloriosa; mientras que ahora...— Esperemos más felices días: habéis probado á los franceses que en vuestro pecho late un corazón animoso, y el valor es la principal virtud que á sus reyes exigen. Ya se acordarán, creedlo.—¡Dios lo quiera! dijo Petit-Pierre levantándose.

Y apoyada en el brazo de Gaspar bajó la loma con dirección á la llanura, mientras las tropas, por no conocer el país, se veían obligadas á seguir los caminos trillados.

La pequeña comitiva anduvo á campo travieso guiada por Gaspar y maese Jaime, quien la llevó por veredas casi intransitables hasta las cercanías del molino, sin dar con ninguna escarapela tricolor. De camino acercóse Berta á su padre y preguntóle si en el combate había visto á Michel;

pero mal humorado el marqués por el desenlace de una insurrección con tanto trabajo promovida y tan pronto terminada, respondióla en durísimos términos que de dos días á aquella parte nada se sabía del barón Michel de la Logerie, quien probablemente por miedo había renunciado á los laureles que en el campo de batalla le esperaban, y al enlace que en recompensa le valdrían. Aunque consternada por semejantes palabras, á ninguna dió Berta crédito; estremeciéndose empero al pensar que tal vez el barón había sido muerto ó gravemente herido, y determinada á practicar indagaciones hasta averiguar la suerte de su amado, preguntó á todos los vendeanos, quienes dijeron que no le habían visto, y algunos hubo que, llevados del inveterado odio que á su padre profesaban, se expresaron con igual aspereza que el marqués respecto al hijo.

Loca de dolor, sin una prueba tangible é irrefragable nunca hubiera Berta confesado que amaba á un hombre indigno de ella, y en los impetuosos arranques de su ardiente pasión calificaba de calumniosas las acusaciones que dirigían á Michel, cuando más le condenaban las apariencias: poco antes, se la destrozaba el corazón y perdía el juicio á la idea de que el barón hubiese perecido en la lucha, y trocada entonces esa gloriosa muerte en una esperanza, en un consuelo para su aflicción, afanábase por adquirir esa cruel certeza, resolviéndose á volver al Chene y buscar el cadáver del mancebo en el campo de batalla como buscó Edith el de Harold, para vindicar su memoria de las odiosas suposiciones del marqués y luego vengarle de sus matadores.

Imaginando estaba el modo de hallar un pretexto para quedarse atrás y regresar al Chene, cuando pasaron por su lado Poca-Alegría y Polilla que cerraban la retaguardia, y respiró con la esperanza de que le darían noticias.

—¿Sabéis algo del señor de la Logerie, amigos míos? les preguntó.—Sí tal, señorita, respondió Alain.—¡Gracias á Dios! ¿No es cierto que haya abandonado la división como suponen?—La ha abandonado.—¿Cuándo?—La víspera del combate de Maisdon.—¡Dios mío! exclamó Berta acongojada; ¿estáis seguro de lo que decís?—Yo mismo le ví juntarse con Juan Oullier en la cruz Philippe, y hasta anduvimos con ellos un trecho del camino de Clisson.—¿Con Juan Oullier? Tranquila estoy, porque Oullier no huía, y si con él está el barón, no ha cometido ninguna acción deshonrosa.

De pronto la asaltó una idea terrible: ¿por qué Oullier se tomaba por Michel un interés tan súbito? ¿por qué éste seguía á Oullier con preferencia á su padre? y llena de mortal zozobra preguntó á Poca-Alegria:

—¿Decís que á entrambos les visteis camino de Clisson? —Con mis propios ojos.—¿Sabéis qué ha pasado allí?—Clisson está muy lejos para que tengamos pormenores; pero un mozo de Saint-Lumine nos ha dicho que desde las diez de la mañana se oía un vivo tiroteo por la parte de la Sévre.

Nada respondió la doncella, cuyas ideas eran ya muy diferentes, pues sospechaba que Michel había sido conducido á la muerte por el odio que Oullier le profesaba, pareciéndola ver al pobre mozo herido y abandonado en algún erial que con moribunda voz la pedía socorro.

—¿Sabéis quién puede conducirme á donde está Juan Oullier? preguntó á Poca-Alegria.—¿Hoy?—Al momento.—Los caminos están cuajados de rojos.—Nos quedan las verdades.—La noche se acerca.—Mejor: así estaremos más seguros; procuradme un guía, ó voy sola.—Yo lo seré, que estoy muy agradecido á vuestra familia, señorita; sin contar que hoy mismo, cuando un nacional iba á ensartarme con su bayoneta, me habéis prestado un servicio que no he olvidado.—Pues bien, aguardadme entre aquellas mieses, y dentro de un cuarto de hora estoy con vosotros.

Tendiéronse Alain y Polilla entre las espigas, y alejándose Berta á buen paso alcanzó á Petit-Pierre y á los vendeanos cuando iban á entrar en el molino: subió á su aposento, púsose un vestido de aldeana, y sin comunicar su proyecto á Mary, á quien al bajar encontró cuidando á los heridos, díjola que tal vez no regresaría hasta el día siguiente, volviendo en seguida á tomar el andado camino.

A pesar de la reserva de Berta con Mary, ésta adivinó por el semblante de su hermana la ansiedad que la oprimía, y como no ignoraba la desaparición de Michel, adivinó los motivos de la súbita partida de Berta, sin atreverse á preguntárselos después de lo que la víspera había pasado. Herido su corazón por otra aguda espada, cuando la llamaron para marchar con Petit-Pierre en busca de otro asilo, prosternóse y rogó al Señor que no fuera inútil su sacrificio, y se dignara velar por la vida y la honra del novio de su hermana.

XX

LO QUE DEL CASTILLO DE LA PÉNISSIERE QUEDABA

En tanto que los vendeanos combatían en el Chene con gloria aunque sin resultado, cuarenta y dos de los suyos sostenían en el patio de la Péniissiere una lucha para siempre memorable. Este puñado de realistas pertenecía á la división de Clisson, y habiendo partido de este punto con intento de desarmar la milicia nacional de la aldea de Cujan, asaltóles por el camino una horrorosa tempestad, que les obligó á guarecerse en el castillo de la Péniissiere, acudiendo un batallón del 29 de línea á atacar la partida.

Es la Péniissiere un antiguo edificio compuesto de bajos, un piso y el granero, con quince aberturas irregulares y un oratorio contiguo: los vendeanos aspilleraron una pared que cercaba la casa, desde la cual hasta el próximo valle se extiende una pradera cruzada de setos vivos, convertida en lago por abundantes lluvias.

Reconocida la posición, el jefe de la tropa ordenó el ataque, y abandonando el muro exterior después de una corta resistencia, replegáronse los vendeanos en la habitación atrancando las puertas y distribuyéndose entre los bajos y el primer piso con un corneta arriba y otro abajo, que no cesaron de hacer oír sus ecos durante el combate: entonces comenzaron á hacer desde las ventanas un fuego tan nutrido como certero, circunstancia que encubría su escasez numérica al enemigo. Sosteníanlo los mejores tiradores, y sus camaradas iban cargando con diez ó doce balas sus pesadas espingardas, disparando cinco ó seis á la vez, que causaban el estrago de una batería de cañones cargados con metralla.

Dos veces llegaron los soldados á veinte pasos del castillo y otras tantas fueron rechazados. Mandó el jefe atacar